

Foro Económico

Crítica del desarrollo

Jesús Muñoz Nophal*

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XVII, Número 45, Mayo-Agosto de 2012

Como un faro erguido que guía a los marineros hacia la costa, el «desarrollo» era la idea que orientaba a los países nacientes en su jornada a través de la historia de la posguerra... Hoy el faro muestra grietas y comienza a derrumbarse. La idea del desarrollo permanece como una reliquia en el panorama intelectual.

Engaño y desilusión, fracasos y crímenes, han sido los compañeros inseparables del desarrollo y evidencian una historia común: no funcionó
(Sachs, 1992:1)

El concepto de «desarrollo» fue un importante referente en la historia de la segunda mitad del siglo XX. En efecto, posterior a la devastación sufrida en Europa y en medio de la reconfiguración política y económica del capitalismo, fue necesario una idea fuerza que sustentara el proyecto económico delineado por el gran ganador del conflicto mundial: Estados Unidos. El concepto de «desarrollo» fue elegido como esa idea fuerza que se expandió por el mundo, y en particular por toda América Latina.

Al respecto, Immanuel Wallerstein menciona que «[el concepto de desarrollo] es

producto de la geopolítica de la era posterior a 1945 en el sistema mundo. Y evidentemente es cierto que desde 1945 el concepto como doctrina se ha aplicado de manera más extensa y con mayor legitimación social que nunca» (Wallerstein, 1998: 116).

La definición de la existencia de países desarrollados, creo como consecuencia la existencia de otros en situación de subdesarrollo, concepto generalizado también en el periodo de ilusión y aceptación del desarrollo como necesaria solución a todos los males sociales provocados por su contraparte: el subdesarrollo.¹

Por su parte, Koldo Unceta nos dice que

* Profesor - investigador en el Centro de Investigaciones Sobre Desarrollo Regional (CHISDER) de la Universidad Autónoma de Tlaxcala.

¹ La distinción entre países desarrollados y subdesarrollados, si bien se atribuye a Wilfred Benson en

en ese periodo la preocupación del desarrollo se traslada a los países y las sociedades que, hasta entonces, habían dado muestras de un escaso dinamismo o de una menor modernización, lo cual dio lugar al nacimiento de dos categorías distintas de países: los desarrollados y los subdesarrollados. El término, entonces, vendría a expresar la existencia de países cuyo modelo representaba en sí mismo la idea de desarrollo y otros que se encontraban por debajo de aquellos, en una imaginaria escala por la que todos deberían transitar (Unceta, 2009:8).

Se puede percibir también, que después de la guerra los Estados Unidos dan un giro a su política imperialista directa, para pasar a la etapa de *Fair Deal* («trato justo») hacia las naciones clasificadas como «subdesarrolladas». Así, Truman declaraba: «el viejo imperialismo —la explotación para ganancias extranjeras— no tiene cabida en nuestros planes» (Esteva, 2009:3). Sin embargo, se pasa a una dominación más sutil, o podríamos decir a un colonialismo indirecto, a través precisamente de la promoción del desarrollo apoyado con recursos financieros estadounidenses, con capital excedente en su economía que se exportaba para «ayudar» al desarrollo de los países latinoamericanos.

Esta acepción del «desarrollo» tuvo cam-

un texto de 1942, es utilizada de forma discreta. Hasta que en 1949, en su discurso de toma de posesión el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, empleó la palabra subdesarrollo para identificar una calamidad específica que afecta a la mayor parte de los seres humanos; trazando así la línea que separa a los países desarrollados de los subdesarrollados, etiquetando en este segundo concepto, a buena parte del mundo (Esteva, 2009: 2).

po fértil en un mundo donde muchos países que en África lograron su independencia o que en América Latina transitaban por la coyuntura de la llamada «sustitución de importaciones», necesitaban de un referente o de trazarse un camino a seguir para lograr un crecimiento, y ese camino lo encontraron (o para ser más precisos, les fue impuesto) mediante la idea del desarrollo, entendido como crecimiento económico, bienestar, acumulación y progreso, tal y como fueron definidos por los países más desarrollados del capitalismo.

Con el propósito de sentar las bases de su desarrollo, en América Latina los organismos internacionales impulsaron la creación de instituciones como la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID); paralelamente, al interior de los países con ese mismo fin de servir al desarrollo, los gobiernos adecuaron sus aparatos y sus políticas de acuerdo a los dictados de aquellas instituciones creadas para darle orientación y financiamiento al desarrollo (Unceta, 2009: 12).

Al identificarse al desarrollo con el bienestar, el progreso y la acumulación ¿quién podía estar en contra de ello? Por lo tanto, se generalizó el consenso y el desarrollo se convirtió en tarea y la más elevada misión de los gobiernos. Al mismo tiempo, las instituciones surgidas de los acuerdos de Bretton Woods trazaron una especie de camino y determinaron objetivos al que todas las naciones se deberían dirigir.

Si bien, grande fue la esperanza puesta en el desarrollo para resolver los ancestrales problemas de Latinoamérica, enorme fue

también la decepción, pues hacia la década de 1980, los problemas de nuestros países persistían, aun y cuando se hubieran llevado a cabo las «recomendaciones» y las políticas sugeridas por los países «desarrollados» y sus organismos internacionales. Pocos o ninguno de los grandes problemas pudieron resolverse, la pobreza, el desempleo, se habían acrecentado y la desigualdad se profundizó.

A los problemas mencionados, desde los años setenta se fue acumulando una pesada deuda, lo que daba fe pública del evidente fracaso de la empresa desarrollista. «La propuesta de Truman prometía expresamente cerrar la brecha entre los países «avanzados» y los demás, para implantar una nueva forma de justicia en el mundo... [Sin embargo] resultaba claro que el desarrollo era un muy buen negocio para los países ricos y muy malo para los demás (Esteva, 2009:4). Solo como ejemplo, el «efecto derrame» que implicaba acumular riqueza para posteriormente derramarla hacia toda la población, nunca ocurrió, dado que «el crecimiento económico no necesariamente conlleva mejores estándares de vida» y en esa década de los ochenta:

Los países latinoamericanos se vieron atrapados en las deudas y las relaciones comerciales internacionales y, en muchos casos la inseguridad política, muchos gobiernos, en particular en África y Latinoamérica, fueron forzados a aceptar los rigurosos programas de ajuste estructural «sugeridos» por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Gardner, 2003:32).

Llegados a este punto, y como señala Katy Gardner, a partir de la crisis de los años ochenta, en vez de caminar por una ruta propia los países latinoamericanos siguieron las políticas neoliberales «recomendadas» por el Consenso de Washington, que a la fecha se siguen practicando.

No obstante, ese periodo sirvió a la vez para despertar de esa especie de sueño u ofuscación por el desarrollo y se comenzó, por parte del movimiento social y de algunos intelectuales, a criticar no solo las consecuencias del desarrollo, sino al concepto mismo.

Esas críticas se reflejaban en argumentos como los siguientes: «El desarrollo es un concepto perverso... lo queramos o no, no podemos hacer que el desarrollo sea diferente de lo que ha sido» (Latouche 2007:13). Por su parte, el mexicano Gustavo Esteva hace la más severa y acerada crítica en los siguientes términos:

El desarrollo es hoy el problema de un mito en agonía y un lema político para vender productos tóxicos [...] Como desarrollo significa ya cualquier cosa, desde levantar rascacielos hasta instalar letrinas, desde perforar por petróleo hasta perforar por agua, es un concepto de vacío descomunal [...] «Desarrollo» significa sacrificar entornos, solidaridades, interpretaciones y costumbres tradicionales en el altar de la siempre asesoría de los expertos. Desarrollo promete enriquecimiento. Para la gran mayoría ha significado siempre la modernización de la pobreza» (Esteva, 2009: 2).

Gilbert Rist (2002), nos dice que «El propio corazón del mecanismo [el desarro-

llo] aparece herido porque las innumerables intervenciones llevadas a cabo para controlar o llevar a cabo el cambio social han quedado muy lejos de las esperanzas que habían despertado» (Rist, 2002: 146).

A su vez, Unceta (2009) al igual que Gardner, menciona que más allá de los vaivenes operados en el llamado pensamiento oficial, la percepción de los fracasos cosechados por el tipo de desarrollo que había venido impulsándose —así como la constatación de la existencia de numerosas «víctimas» del mismo— vino a plantear un nuevo debate que ya no afectaba sólo a la vía más apropiada para alcanzar el desarrollo, o a los instrumentos más adecuados para promoverlo en cada lugar, sino que entraba de lleno en el cuestionamiento del propio concepto.

Es aquí donde se comienza a dar el debate sobre la pertinencia de seguir o no utilizando el concepto.

Uno de los autores que ha contribuido al debate en torno al desarrollo, es el colombiano Arturo Escobar. La tesis central de este autor, es que como conjunto de ideas y prácticas, el «desarrollo» ha funcionado históricamente a lo largo del siglo XX como un mecanismo para el dominio colonial y neocolonial del Norte sobre el Sur. En la práctica, señala Escobar que quienes usaron el término y a la fecha lo siguen utilizando acriticamente, de alguna manera están ayudando a reproducir las relaciones neocoloniales de poder. Por tanto para este autor, hay que erradicar ese concepto, utilizando uno nuevo, por ejemplo, el de postdesarrollo.

Escobar también advierte que como el

desarrollo fue un concepto universalizador, que imponía la lógica de lo deseable y lo posible a todas las sociedades en el mundo capitalista, se dejaban de lado las experiencias particulares de los pueblos, en este caso latinoamericanos, practicando lo que llama una especie de exclusión o «fascismo social», dado que si no eras desarrollado te encontrabas en la enorme masa de personas atrasadas y subdesarrolladas. En consecuencia, Escobar reivindica la necesidad del rescate de experiencias particulares en los pueblos autóctonos, que no tienen una idea del desarrollo como nos ha sido impuesta por la cultura Occidental, y que de hecho ni siquiera manejan el concepto.

Arturo Escobar menciona que las características del discurso de desarrollo son las siguientes:

a) Como discurso histórico, el «desarrollo» surgió a principios del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, si bien sus raíces yacen en procesos históricos más profundos de la modernidad y el capitalismo. Fue durante ese periodo que todo tipo de «expertos» del desarrollo empezó a aterrizar masivamente en Asia, África y Latinoamérica, dando realidad a la construcción del Tercer Mundo.

b) El discurso del desarrollo hizo posible la creación de un vasto aparato institucional a través del cual se desplegó el discurso, es decir, por medio del cual se convirtió en una fuerza social real y efectiva transformando la realidad económica, social, cultural y política de las sociedades en cuestión.

c) Puede decirse que el discurso del desarrollo ha operado a través de dos meca-

nismos principales 1) la profesionalización de problemas del desarrollo, lo cual ha incluido el surgimiento de conocimientos especializados así como campos para lidiar con todos los aspectos del subdesarrollo. 2) la institucionalización del desarrollo, acompañada por una vasta red de instituciones nacionales e internacionales que lo impone. Estos procesos facilitaron la vinculación sistemática de conocimiento y práctica por medio de proyectos e intervenciones particulares. Desde esta perspectiva, las estrategias como el «desarrollo rural», por ejemplo, podrían verse como mecanismo sistemático para vincular conocimientos expertos sobre agricultura, alimentos, etcétera, con intervenciones particulares de formas que –aun cuando aparentan ser «la forma natural de hacer las cosas»- resultaron en una transformación profunda del campo y de las sociedades campesinas de muchas partes del Tercer Mundo, de acuerdo a los lineamientos de los conceptos capitalistas sobre la tierra, la agricultura, la crianza de los animales, etcétera.

d) El análisis postestructuralista destacó las formas de exclusión que conllevaba el proyecto de desarrollo, en particular la exclusión de los conocimientos, las voces y preocupaciones de aquellos quienes, paradójicamente, deberían beneficiarse de desarrollo: los pobres de Asia, África y Latinoamérica (Escobar, 2005:19).

Críticas como las mencionadas, y otras muchas más, han dado lugar a la utilización de formulaciones y términos distintos como «postdesarrollo», «antidesarrollo» o «más allá del desarrollo», pero la noción que más

se ha extendido y utilizado es la de postdesarrollo, asociándolo al rechazo de la modernidad como referencia.

En la actualidad, los estudios sobre el desarrollo se debaten entre tres opciones principales: *a)* los esfuerzos orientados a ampliar el concepto sin alterar el marco metodológico; *b)* la negación del desarrollo como una noción universal y, en consecuencia, la conveniencia de abandonar la empresa; y, *c)* los intentos encaminados a una reorientación profunda del concepto y de las estrategias de desarrollo (Unceta, 2009: 21).

Como se puede apreciar en este breve esbozo, los debates en torno al concepto son un tema de suma importancia dado el fracaso del modelo de desarrollo impuesto en la segunda mitad del siglo pasado y ante la necesidad de encontrar nuevos caminos que superen las sociedades neoliberales.

En todo caso, si se quiere construir algo diferente o al menos dar alternativas al modelo globalizador actual, es necesario comenzar por la reconceptualización de categorías clave, como el desarrollo. En este sentido, el planteamiento de Jaime Ornelas está acorde con esa propuesta y advierte:

Entre los temas de ese debate se encuentra hoy, el referido precisamente al desarrollo, como concepto teórico-práctico capaz de permitir a nuestros pueblos pensarse así mismos en un entorno de globalización neoliberal y avanzar para superar la actual etapa de transición caracterizada en América Latina por el cuestionamiento y abandono de los postulados del «Consenso de Washington» para forjar otros elementos de diferente

contenido ético, político y económico (Ornelas, 2009: 21).

Contrastando este argumento con las tres opciones en torno al debate sobre el desarrollo señaladas líneas arriba, nuestra posición, junto a la de Jaime Ornelas, se enmarca en la búsqueda de reconceptualizar el desarrollo. Por lo menos, no puede seguirse utilizando sin la crítica correspondiente.

La segunda postura que promueve el rechazo, abandono y sustitución del concepto, podría ser la ideal si no fuera porque es tal el arraigo que éste concepto tiene en nuestro entorno que de momento difícilmente puede verse la posibilidad de que pudiera ser reemplazado por otro, como el «postdesarrollo». Por lo tanto, puede proponerse la tercera opción, la de reorientar y reconceptualizar a profundidad el desarrollo y sus estrategias con el fin de hacerlas responder a nuestra propia realidad y a las necesidades actuales surgidas de ellas mismas.

Para lograr esto, como dijimos, es necesario volcarse a una crítica del concepto desarrollo tal cuál ha sido impuesto y aceptado para que, a partir de esa revisión crítica y tomando en cuenta experiencias particulares y diferentes de entender el desarrollo, se pueda reconceptualizar y hacerlo ser útil para el cambio social.

La carencia de una crítica profunda hacia el concepto mismo, ha propiciado por ejemplo que en la búsqueda de alternativas o repuestas al modelo neoliberal, se vea como posible alternativa asumir modelos de «desarrollo local» y «desarrollo regional», que

pueden ser bien intencionados pero al tener claro que se entiende por desarrollo así como sus propósitos y desconocer otras posibilidades, a lo más que se llega es a reproducir los mismos modelos que supuestamente se quieren superar, pero esta vez puestos en práctica a escala local o regional. De hecho, el desarrollo local o regional en sus inicios fue impulsado por el mismo modelo capitalista y neoliberal de los años ochentas y noventas, y en la actualidad no ha cambiado mucho esta tendencia (Fernández, 2008).

Por tanto, como parte de la crítica para reconceptualizar el concepto de desarrollo visto hasta el momento, se puede partir en general de los siguientes planteamientos:

— El desarrollo se gestó de una larga tradición de autopoicionamiento, primero de Europa y después de Estados Unidos, como área central de la humanidad, imaginada como la experimentadora exclusiva de la modernidad y lo racional, lo que le ha permitido arrogarse a la cultura Occidental la titularidad en la formulación de una «verdad lógica» que opera como «arbitro del conocimiento» al interpretar y dar significación al resto del mundo (Fernández, 2008:29) En ese sentido se puede decir que se institucionalizó, se adaptó y sobre todo, se vinculó al desarrollo como algo «natural», como un proceso que debería ser así. Lo racional se vinculó entonces al desarrollo y a su determinada forma de ver, entender y actuar en el mundo.

— En esa lógica, el modo de vida de los Estados Unidos o el de los países Europeos, se transformó en el referente de lo que es «desarrollado» y lo que no,

- propiciando así, la segregación, la marginación y el olvido de formas y modos de entender el mundo diferentes a la lógica capitalista, por considerarlas atrasadas o «subdesarrolladas».
- Además, ese posicionamiento como depositarios de los parámetros de lo que es «verdadero», «lógico» y «desarrollado» trazó la ruta por la cual europeos y estadounidenses se entendían y entendían a los otros; fijando a la vez, la forma de cómo «esos otros» deberían verse así mismos. Eso significó también, que se trasladaran los instrumentos y conceptos apropiados para condicionar —a través de discursos/prácticas— el modo en que «esos otros» podían pasar hacia formas «civilizatorias» superiores o más avanzadas.
 - En tal contexto, la noción de desarrollo se presentó como un «rostro humano» en la configuración de esta lógica discursiva colonial, al mostrarse destinada a proveer «colaborativamente» desde el centro y a través de un «conocimiento experto», los insumos para superar las restricciones de aquellas sociedades posicionadas en umbrales inferiores de esa trayectoria histórica que consagró a Occidente (Fernández, 2008: 30).
 - El desarrollo puede ser visto, entonces, como una extensión colonial a través de imágenes, relatos, representaciones, ideologías, postulados, que conllevan necesariamente como contraparte un necesario oscurecimiento sobre cómo las sociedades «periféricas» (regiones, países, sus trabajadores, mujeres, intelectuales, empresarios, etcétera) piensan y actúan «por sí mismas».
 - El desarrollo como idea fuerza durante la postguerra, tuvo una gran aceptación debido a que se ligó y utilizó como sinónimo de progreso, bienestar y crecimiento económico, paradigmas también de la llamada «modernidad». De esta manera, el desarrollo sería a la vez, un producto de la historia, como conjunción en occidente de las ideas de la modernidad y las fuerzas de la industrialización, y también una idea capaz de producir historia y condicionar la evolución de determinada sociedad, en este caso, la latinoamericana en general y la mexicana en particular.
 - La teleología propia del concepto se ha sustentado desde la visión occidental, en tanto propuesta direccionada en consonancia con las exigencias del proceso de producción y reproducción material, la meta del crecimiento como pretexto de dominación y esto se traduce en la puesta en práctica de modelos de desarrollo implementados en América Latina y en nuestro país a partir de la década de 1940.
- A la par de demostrar las afirmaciones hechas hasta el momento, nos parece importante también que al pensar el desarrollo se respondan preguntas tales como ¿De dónde viene? ¿Quién lo ha impuesto? ¿Por qué motivos? ¿Para qué ha servido? ¿Cómo ha sido desplegado en Latinoamérica y particularmente en México? Y, finalmente, ¿Cuáles han sido sus consecuencias?

Una vez hecha esa revisión crítica, podremos estar en condiciones de replantear el concepto a partir de nuestra propia realidad, de nuestras necesidades e interpretación propia de la realidad, tal como lo están intentando en otras partes de Latinoamérica, como es el caso de Venezuela, Bolivia o Ecuador, donde su propuesta del «buen vivir» plantea lo siguiente:

El desarrollo debe preocuparse de lo que la gente puede o no hacer, es decir si puede vivir más, escapar de la morbilidad evitable, estar bien alimentados, ser capaces de leer, escribir, comunicarse, participar en tareas literarias y científicas, etc. en palabras de Marx, se trata de “sustituir el dominio de las circunstancias y el azar sobre los individuos, por el dominio de los individuos sobre el azar y las circunstancias”. Una convivencia sin miseria, sin discriminación, con un mínimo de cosas necesarias y sin tener a éstas como la meta final. Esta es, a no dudarlo, una visión equiparable con el Buen Vivir, deseable y posible en un país con tantas posibili-

dades como el Ecuador. Por este motivo resulta inapropiado y altamente peligroso aplicar el paradigma del desarrollo tal y como es concebido en el mundo occidental. No sólo no es sinónimo de bienestar para la colectividad, sino que está poniendo en riesgo la vida misma de la humanidad. El buen vivir, entonces, tiene una trascendencia mayor a la sola satisfacción de necesidades y acceso a servicios y bienes. En ese contexto, desde la filosofía del Buen Vivir se precisa cuestionar el tradicional concepto de desarrollo. La acumulación material permanente de bienes materiales no tiene futuro» (Acosta: 2008: 4 y 5)

Esa búsqueda y propuesta de modos alternativos y/o reconceptualizados de entender el desarrollo, ayudarían a descentralizar las epistemologías de occidente y reconocer otras alternativas de vida, lo que produciría no sólo imágenes más complejas del mundo, sino modos de conocimiento que permitan una mejor comprensión y representación de la vida misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto (2008) «El buen vivir, una oportunidad para construir», *Revista Ecuador Debate*, Número 75, Quito, diciembre.
- Arocena, José (1995) *El Desarrollo Local: un desafío contemporáneo*, Centro Latinoamericano de Economía Humana. Universidad Católica de Uruguay, Nueva Sociedad. Caracas.
- Cárdenas, Nersa (2002) «El desarrollo Local, su conceptualización y procesos» en *Provincia* revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad del Zulia, N° 8, enero-junio pp. 53-76.
- Escobar, Arturo (1991) «Imaginando el Futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales. En Margarita López Maya (editora), *Desarrollo y Democracia*, UNESCO, Universidad Central de Venezuela, Editorial Nueva Sociedad. Caracas.
- Escobar, Arturo (1996) *La invención del tercer mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*. Editorial Norma, Bogotá.
- Escobar, Arturo (2005) «El «postdesarrollo» como concepto y práctica social». En Daniel Mato (coordinador), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas. pp. 17-31.
- Esteva, Gustavo (2009) «Más allá del desarrollo: la buena vida» en *Revista América en movimiento*. La agonía de un mito: ¿Cómo reformular el desarrollo? Junio, año XXXIII, II época.
- Fernández, Víctor Ramiro (2008) «El desarrollo regional-local y la nueva colonialidad del poder» en Jiménez Guillén Raúl y otros (coordinadores) (2008). *El desarrollo Hoy en América Latina*, El Colegio de Tlaxcala, México.
- Gardner, Katy (2003) *Antropología, desarrollo y el desafío posmoderno*. El Colegio Mexiquense, México.
- Gocalves, Walter (2009) «Del desarrollo a la autonomía: La reinención de los territorios» en *Revista América en movimiento*. La agonía de un mito: ¿Cómo reformular el «desarrollo»? Junio, año XXXIII, II época.
- Latouche, Serge (2007) *Sobrevivir al desarrollo*. Icaria. Barcelona
- María Tortosa, José (2009) «Maldesarrollo para Mal Vivir» en *Revista América en movimiento*. La agonía de un mito: ¿Cómo reformular el «desarrollo»? Junio 2009, año XXXIII, II época.
- Mallard, Bruno (2003) Proyectos de desarrollo alternativo en América Latina: ¿una auténtica alternativa? En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, enero-abril, año/vol.9, número 001. Universidad Central de Venezuela, Caracas Venezuela.
- Ornelas, Jaime; Hernández Celia y Castillo Isabel (2009) *En busca del desarrollo: miradas*

- multidisciplinarias*. Universidad Autónoma de Tlaxcala. México.
- Preston, P. W. (1999) *Una introducción a la teoría del desarrollo*. Siglo XXI, México.
- Quijano, Oliver (2002) *De sueño a pesadilla colectiva. Elementos para una crítica político-cultural del desarrollo*. Editorial Universidad de Cauca. Colombia.
- Rist, Gilbert (2002) *El desarrollo, historia de una creencia occidental*. Catarata, Madrid.
- Unceta, Koldo (2009) «Desarrollo, Subdesarrollo, Maldesarrollo y Postdesarrollo, una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones» en *CARTA LATINOAMERICANA. Contribuciones en desarrollo y sociedad en América Latina*. Abril, núm. 7.